

actual crisis de Medio Oriente y el atentado de 11 de Septiembre del 2001.

Vuelvo a preguntarme, si bajo la experiencia del horror pasado, no cabe reconsiderar los valores de las sociedades del presente y si en Argentina no urge la necesidad de un nuevo cine de la militancia, un cine que de cuenta de los problemas de la gente y donde el público se sienta identificado. Solanas, en *La Hora de los Hornos* propone la participación. Podría decirse que la estructura panfletaria de su documental, opera en función de la no pasividad. Su obra da cuenta de la triste situación de los pueblos de Latinoamérica y logra a través del principio constructivo del montaje despertar nuestros sentidos.

Muchas veces pecamos de ver el horror de un panorama externo, léase Hiroshima, Auschwitz, Medio Oriente, no por externo menos terrible y no sabemos o no queremos dar cuenta de nuestras propias miserias.

La violencia, la inseguridad no es hoy una ficción propia de Quentin Tarantino, sino que clama por instalarse en nuestra cotidianeidad. Hechos recientes como la desaparición de un ser humano en el marco democrático nos llaman a la reivindicación de valores por los que debemos luchar y no resignar.

Juventudes maravillosas a las que debemos incentivar pelean por dar cuenta de nuestros problemas en el cine independiente. Sugestivo es que la crítica siempre descubra nuevos talentos en nuestros festivales, en cinematografías extranjeras como por ejemplo el cine taiwanés. Es allí cuando me cuestiono el lugar de nuestra mirada. Reflexiono una vez más ¿Por qué no incluimos a esos nuevos talentos a la estructura de producción? ¿Qué valores privilegia nuestra sociedad que hace que los principales hacedores de la cultura queden afuera?

Hoy creo que es fundamental y necesario hacer una lectura del cine que nos precedió, pero resignificándolo. Es preciso reflexionar sobre los que nos aportan los proyectos populares del pasado y tener en cuenta la propuesta del presente. Solanas, Puenzo, Resnais dan cuenta de una realidad que avanza como un fantasma olvidado, los hechos recientes lamentablemente lo confirman. Se instala en nuestras pantallas nuevamente, la estética de la violencia, pero que sólo es percibida cuando el cine norteamericano nos invade con el estreno de *Las torres gemelas*. En nuestro país esa violencia está a punto de naturalizarse.

Vuelvo a preguntarme sobre que lugar en nuestra sociedad queremos darle a nuestro cine, y qué espacio queremos adoptar como espectadores, ciudadanos y sujetos participantes de la cultura. No hablo de una estética de no mostrar, pues ya conocemos el precio del no mirar. Tampoco hablo de una estética de refregar la violencia como un simple golpe bajo. Hablo de un cine argentino rico en una estética de la evidencia y de una estética del darse cuenta que promueva el valor de participar.

Hablo también de crear y no olvidar y tomando todo lo que nos ofrece nuestro pasado, resignificar...

El camino del conocimiento y la construcción de sentido de la práctica docente

María de Paz Bernárdez

Más allá del temario a desarrollar para cada cuatrimestre, cada cursada es un nuevo desafío. No hay una comisión que en apreciación, gustos e intereses sea igual a la otra. Nos enfrentamos cuatrimestre a cuatrimestre, frente a seres humanos diversos, no sólo por el hecho de haber nacido en países distintos y con idiosincrasias diferentes sino porque transitamos infinitas subjetividades.

Creo que la cuestión de la enseñanza traspasa lo meramente disciplinar para encontrarse directamente con la interioridad y subjetividad de los alumnos que demandan más allá de nuestro saber.

Una de las problemáticas más graves que se plantean es el constante cuestionamiento del para qué de los tópicos a desarrollar.

Es cierto que nuestros alumnos demandan hoy en día conocimiento aplicable a las distintas profesiones a las que deberán insertarse. Es difícil erradicar el pensamiento utilitarista en un contexto en donde lo que se demanda es la capacitación permanente y donde las nuevas tecnologías nos superan y se modifican día tras día. Hoy el difícil mercado laboral exige profesionales idóneos y desde las aulas se debe preparar a los futuros profesionales a las realidades de la práctica cada vez más competitiva. Es allí entonces donde tropezamos con una contradicción. Cada situación de clase es un aprendizaje donde tratamos de preparar a nuestros alumnos como seres humanos individuales, respetando cada momento de ellos, advirtiendo a cada instante su interioridad.

Logramos un contacto con ellos donde podemos llegar a conocerlos, donde nos sentimos que hemos derribado un muro y donde el aprendizaje es por fin un fluir y un intercambio mutuo.

¿Cómo actuar entonces cuando esos mismos seres humanos se enfrentan a la realidad que cada vez es más deshumanizante? ¿Cómo vincular la realidad de una enseñanza que debe tener en cuenta la subjetividad para llegar al buen puerto del conocimiento, con la realidad de un futuro que no contempla esa interioridad y que celebra solamente eficaces resultados?

La docencia es un bello aprendizaje, es cierto. Se sabe que nuestros alumnos cuando aprenden lo hacen superando obstáculos hasta llegar a la consolidación del saber. Creo que el objetivo de la buena enseñanza radica en que más allá de la pregunta del para qué tal o cual contenido, el alumno debe sentir que luego de un período de aprendizaje algo ha cambiado dentro de sí mismo y que tal conocimiento puede traspasar las paredes del aula.

Que hay algo que domina y que puede aplicarlo en situaciones diversas. Que ese mismo conocimiento puede enriquecerlo con la realidad de la práctica profesional y no llegar recién a conocerlo en el mundo del trabajo. Pues la realidad del proceso cognitivo es que afortunadamente no es un acto acabado.

La docencia es un bello aprendizaje pero creo que puede correr peligro de achatarse si permanentemente no refor-

mulamos nuestras prácticas docentes, pues como postulamos al principio la realidad del aula nunca es igual ante iguales condiciones que pueda brindarnos una institución.

Es por eso, que continuamente debemos preguntarnos: ¿Cantidad o calidad de enseñanza? ¿Estoy dando los conocimientos de la manera más actualizada posible? ¿Estoy generando algo nuevo en mis alumnos? ¿Es aplicable y transmisible la construcción de este conocimiento a situaciones diversas? ¿Enseño en extensión o en profundidad?

Es cierto que ejercitar dichas cuestiones no es algo sencillo. Es algo que nos sitúa en otra dimensión del saber y que exige de quien imparte los conocimientos una participación activa.

Creo que la decisión de modificar las estrategias de enseñanza ante la realidad de cada cursada, dará como resultado un conocimiento no solo basado en la infinita repetición de distintas cuestiones teóricas, sino en la articulación de la práctica con la teoría. Es allí donde creo está la respuesta del para qué.

Nos encontramos infinidad de veces con la reticencia a la teoría por parte de nuestros alumnos y la queja interminable de nosotros docentes ante este desapego por los textos y otra vez vuelvo a preguntarme. ¿Hay algo de tal o cual autor por lo cual el alumno comprende que lo que postula el texto es necesario para el desarrollo de la práctica?... Y, si simplemente no es accesible para él la observación ¿Soy clara en la explicación de la teoría que el autor postula?

No se trata solamente de enumerar bibliografía sino de poder asimilarla. Tampoco es cuestión de dar servido, sino de hacer uso del buen sentido y hacer ver a nuestros alumnos que el conocimiento lo van construyendo ellos mismos. Que nosotros docentes podemos dar las pautas dentro del aula pero que la apropiación del saber corre por cuenta de ellos.

Que no es el simple hecho de cumplir con la asignatura lo que asegura una buena cursada, sino que el saber de la cursada tiene que ser extensible a la construcción de un sentido que no puede ni debe ser acabado.

Que la construcción del conocimiento deriva de proponernos mutuamente metas y de hacernos partícipes en la elaboración de los planes para alcanzarlas.

Que muchas veces las metas conllevan obstáculos que no deben esquivarse y que la obtención de las mismas tiene que ver con hacerse cargo y remediar esos obstáculos. Que los errores son necesarios e inherentes a la construcción del saber.

Que nuestro papel como docentes no es asumir el de ser experto en simplemente señalar, sino que acompañamos al alumno en el proceso de encaminarse y corregir. Porque si se tratase solamente de señalar, no estaríamos enseñando, sino que nos dedicaríamos a reproducir una práctica, que tiene que ver más con el ejercicio exitista de vincularnos con nuestros alumnos, solo cuando obtenemos buenos resultados y que nos aparta del hecho de acompañarlos en el camino. Ya no seríamos guías para ellos.

Y es que del camino se trata. De la calidad de las metas que nos tracemos en ese camino dependerán nuestros resultados. Del esfuerzo que pongamos en la consecución

de las mismas, dependerá que se genere un conocimiento que implique una construcción de sentido.

Finalmente cuando hablamos de la construcción de sentido, creo que está la clave del para qué de tal o cual tópico a enseñar y es para que ese sentido sea realmente aplicable a los diferentes ámbitos por los que el alumno en un futuro habrá de transitar y aplicar el conocimiento sólidamente construido.

Cuestiones en torno a la comunicación escrita

Marcelo Bianchi Bustos

Las peculiaridades de este siglo devorador de vidas y de energías cuyos signos distintivos son la creciente especialización que obliga al hombre a una permanente actualización para progresar, la presión informativa, la carencia de tiempo para el ocio fructífero, para la elaboración, exigen cada vez más al hombre saber organizar sus esfuerzos, aplicar normas y principios que le permitan economizar tiempo y energías y evitar una desgaste inútil, perder esfuerzos mal orientados que lo sumerjan en el desaliento.

Fernández, 1992: XV

Si bien el fragmento que sirve de epígrafe a este trabajo fue escrito hace ya más de una década, su contenido no difiere de la realidad que viven todos los profesionales en lo que va del siglo XXI. La necesidad de estar mejor comunicados – y cuando se dice mejor no se hace referencia sólo a la tecnología necesaria sino a aquello que depende de cada uno de los hablantes/usuarios de la lengua-, hace que sea necesario desarrollar al máximo determinadas competencias, entre ellas la de la comunicación escrita.

La universidad, sus demandas y la escritura

Comenzar por un diagnóstico de los problemas en torno a la lengua entre los estudiantes ingresantes al primer año de la universidad puede parecer un lugar común pero también necesario como para poder comprender la importancia que tiene el trabajo, la corrección y la evaluación en un área tan compleja como lo es la de la expresión oral y escrita. Peter Scott, académico de la Universidad de Leeds, señaló que hace más de una década Daniel Bell sostuvo que, en un futuro no muy lejano, “el conocimiento reemplazará a la energía... como el principal recurso” de un nuevo tipo de sociedad, la del conocimiento. Además, afirmó que “cualquiera que aspire a ser experto o a incorporarse a una elite tiene que ser hoy, un graduado universitario.” (Scott, 1999: 71)

Esa expresión es un territorio con dueños -cada uno de los hablantes de la lengua- y con responsables -ellos y los docentes de todas las asignaturas, más allá de que por una vieja creencia preocuparse de esas cuestiones es tan sólo un problema para aquellos vinculados con las letras y la comunicación- pero no un territorio cualquiera sino uno que parece, o bien inexplorado, o bien poco transitado. La pobreza del vocabulario, la vaguedad de los conocimientos, los grandes problemas en torno a la